

## – Capítulo 1 –

# Sombras

Las cumbres dentadas de la Sierra Madre quedaron envueltas en un velo de oscuridad. La luna llena parecía inclinarse como para iluminar el drama que la noche presentaría. Las estrellas brillaban con palidez en el cielo claro, blanqueado por la luna reluciente.

Como una gran serpiente, un camino zanjado se extendía unos doce kilómetros y medio por los montes desde la carretera panamericana hasta la cresta de una montaña. Pasando por arroyos, el camino serpenteaba por milpas, por bosques oscuros, por crestas afiladas y por valles. Esparcidas por las laderas oscuras de la montaña se encontraban chozas, unas eran de madera y otras de cañas de maíz. De los techos de paja el humo subía en espiral. El camino ser-

pendeaba por el lomo de la montaña, en partes balanceándose de modo peligroso sobre el borde de los barrancos. Sobre este camino había una vivienda solitaria, una capilla y una escuela. Estos edificios que parecían adherirse a la cresta de la montaña, ya se ocultaban en las sombras de la noche.

Detrás de la casa un bosquecito de pinos susurraba en el viento. Debajo de las ramas que oscilaban al viento, había un movimiento sigiloso. Ese movimiento delató unas figuras oscuras en la maleza. Esperaban que se apagaran las luces en la casa aislada.

Si se hubiera abierto la cortina de la ventana, se hubiera podido ver un fuego en la chimenea de la sala. A un lado del fuego una madre mecía a su bebé. Los tonos dulces de una canción de cuna acompañaban los crujidos rítmicos de la mecedora. Por encima de la manta rosada en sus brazos se veía un mechón de cabello oscuro.

María tenía el cabello oscuro peinado y bien arreglado debajo de un velo negro. Era de apariencia agradable. Sus ojos grandes, castaños, acusaban sinceridad. En ellos se veía también un dejo de amabilidad y una seriedad que indicaba que ella era de una madurez extraordinaria a los veintiocho años de edad. Era conocida como una mujer espontánea y extrovertida.

Al otro lado del fuego Juan estudiaba la Biblia. Su cabello rubio parecía dorado a la luz del fuego reluciente. Sus ojos sinceros eran serios. En ellos se veía la tranquilidad del cielo despejado y una pizca de un sentido de humor. Le encantaba el café guatemalteco. Pero le encantaban aún más los guatemaltecos. El amor que sentía Juan por las personas había sido fomentado por sus padres. Su padre era pastor, tendero de comestibles y carnicero. Había enseñado a su hijo el arte de destazar la carne. Por consiguiente, cuando los misioneros comían carne, no era extraño que fuera de un animal que Juan había matado y destazado.



*La familia de Juan Troyer in 1981.*

*Cuán lindo es estar a solas con Juan,* pensó María con satisfacción, contemplando las facciones acentuadas en él. Eran poco frecuentes los momentos a solas con Juan. Él ocupaba sus horas visitando a los enfermos, estudiando sus mensajes y dando instrucción agrícola. Además de sus deberes en Palamá, Juan era pastor de otra iglesia en Paquip. Se tardaba dos horas a pie desde Palamá hasta Paquip. Estudiaba también el dialecto cakchiquel.

Los Troyer compartían su casa con Gary Miller, el ayudante de Juan. También vivía con ellos Emiliana, una creyente guatemalteca, a quien empleaban para que ayudara a María con las bebés.



*Emiliana  
y  
Marilyn*

Dos semanas antes María había oído de la muerte del esposo de su amiga Rut. Después de recibir las nuevas, ella consideró de valor especial el tiempo que pasaba con Juan.

Rut—como una nube oscura, el recuerdo entró en sus pensamientos, proyectando una sombra oscura sobre su contentamiento. Se desvaneció su sonrisa. Rut, amiga amada. Sólo hacía dos semanas que un accidente arrebató a su esposo, dejándola con tres hijitos. María se entristeció. Los siete años con Juan no eran suficientes.

Pasaron varios minutos en que se oían sólo el crujido de la mecedora y el crepitar del fuego. Después con su voz dulce empezó a cantar un himno favorito:

*“Dios tiene el mejor camino,  
Por tanto yo no murmuré.  
A dondequiera que me guíe  
Fielmente yo le seguiré.”*

Juan levantó la vista de su Biblia.

—Ese himno es especial para ti, María.

—Es la oración de mi corazón, Juan. Por eso quería que lo cantaran en nuestra boda.

Juan reflexionó:

—Nuestra boda... me parece que ha pasado